

1981 en que anunció su dimisión expresó con claridad aquellas conocidas ideas: me voy porque «no quiero que el sistema de convivencia democrático sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España».

Mucho se ha especulado con la información que pudo tener Suárez de los preparativos de 23-F; probablemente, poca, pero sí estaba al tanto, como lo estaban sus servicios secretos, de que había numerosas conspiraciones en marcha, duras y blandas, que en cualquier momento podían tomar corporeidad y materializarse. De hecho, el 23-F fue claramente una combinación de golpes, ya que poco tenían que ver las pretensiones de Milans del Bosch, golpista que sacó los tanques en Valencia, con las de Armada, quien pretendía presidir un ilegal gobierno de concentración en el que estuvieran presentes representantes de las fuerzas políticas.

La dimisión de Suárez, espoleta del golpe posterior, no fue sin embargo inútil: la gran repulsa ciudadana tras la cuartelada sirvió de eficazísima vacuna contra el golpismo, y de hecho a partir de aquel momento el Ejército se asentó en su línea de impecable neutralidad, que todavía dura, al tiempo que desaparecían todas las amenazas golpistas, súbitamente desacreditadas y por tanto inviables. Pero de aquel episodio agri dulce y tragicómico quedan dos imágenes imborrables que han pasado a la historia: la del furioso teniente coronel Tejero empuñando una pistola, símbolo de la más radical intolerancia y del triunfo de la fuerza sobre la inteligencia, y la de aquellos dos hombres, Suárez y Gutiérrez Mellado, defendiendo en pie, con gesto decidido, el imperio de la ley y el triunfo de la libertad.

Han muerto ambos, también murió no hace mucho Santiago Carrillo, pero la memoria de todos ellos se ha vuelto ya indeleble.



Suárez saluda a la Pasionaria en el Congreso. :: r. c.

## La legalización del PCE

**La decisión de abrir las puertas del Congreso a los comunistas levantó ampollas entre el sector reaccionario**

:: A. PAPELL

**MADRID.** La hoja de ruta de Adolfo Suárez, en combinación con el Rey, pasaba por unas primeras elecciones generales, que serían constituyentes, el 15 de junio de 1977, que la comunidad internacional miraba con expectación porque de ellas dependería la credibilidad exterior del nuevo régimen y de quienes estaban a su cabeza. Y la piedra de toque del carácter verdaderamente democrático de la consulta sería –se vio enseguida– la legalización del Partido Comu-

nista de España, que podría entonces presentarse a ella. La cuestión levantaba ronchas en amplios sectores sociales y, sobre todo, en el Ejército, que durante el régimen anterior había acrisolado el tabú de la perversidad intrínseca del comunismo como enemigo de España.

Mientras tanto, Santiago Carrillo, secretario general del PCE, había adoptado una postura inteligente, basada en la moderación: tras anunciar muy tempranamente que abandonaría el marxismo-leninismo –eran los tiempos del ‘eurocomunismo’–, dio garantías de que no pondría en cuestión ni la Corona –la forma de Estado se convertía así en accidental– ni la bandera. Y Carrillo, que había viajado a España clandestinamente, mantuvo numerosas entrevistas con distintos actores políticos para tran-

quilizar a la opinión sobre sus intenciones, que no eran ni remotamente revolucionarias. Adolfo Suárez también se entrevistó discretamente con el dirigente comunista, y tomó la decisión favorable a la legalización.

Aquellos preparativos de las primeras lecciones discurrieron en un ambiente sobrecargado de tensión. El 24 de enero de 1977 tuvo lugar la llamada ‘matanza de Atocha’: pistoleros de la extrema derecha asesinaron a cinco abogados laboristas de CCOO y del PCE y dejaron a otros cuatro malheridos. El 11 de febrero, el PCE presentaba su documentación en el Registro de Asociaciones Políticas, y el 9 de abril, día de Viernes Santo, cuando la actividad política estaba paralizada en plenas vacaciones de Semana Santa, se hacía pública la legalización.

La decisión cogió por sorpresa a muchos. Los documentos conocidos a raíz del Wikileaks ponen de manifiesto que Fraga primero y Suárez después habían prometido a los norteamericanos que el PCE nunca sería legalizado. Muchos ministros de Arias Navarro y del propio Suárez defendieron públicamente la no legalización... Y uno de ellos, el ministro de Marina almirante Pita da Veiga dimitió estrepitosamente cuando conoció la decisión de Suárez, generando la enésima crisis castrense que tuvo que afrontar el presidente. Por aquella época, en plena guerra fría, los diferentes embajadores estadounidenses –sucesivamente Horacio Rivero y Wells Stabler– tutelaban estrechamente la transición y además de pretender proscribir al PCE vigilaban al PSOE para que no tuviera la debilidad de avanzar hacia el frente popular... El tono de aquellas injerencias se desprende del hecho de que el 23-F fuese considerado por el Departamento de Estado un «asunto interno» español.

**RAFAEL ARIAS-SALGADO**

EXMINISTRO (1979-1982). SECRETARIO GENERAL DE UCD (1978-1980)

### UN HOMBRE DE ESTADO



**C**reo que la expresión que mejor define a Adolfo Suárez como político es la de hombre de Estado, aquel que sabe trascender lo que aparece como interés inmediato o más obvio –la conservación del poder–, en aras de un objetivo superior, en su caso la creación de un Estado democrático de Derecho.

Fue designado por el Rey para impulsar un proceso de cambio político de sentido democrático y,

aunque su nombramiento no fue bien recibido, en dos años escasos convirtió a España en una democracia constitucional desde una legalidad formal autoritaria. Su obra de gobierno fue excepcional si se tiene en cuenta que tuvo como gobernante que enfrentarse al mismo tiempo con una crisis institucional, una crisis económica y una brutal acción terrorista que desestabilizaba a diario el proceso político y alteraba el mundo militar.

Su primer gran éxito fue la Ley para la Reforma Política, obra maestra de la técnica jurídica y de la acción política que permitió una transformación legal de algunas instituciones y canalizó la primera etapa del proceso de cambio. Su segundo gran acierto fue la Constitución de la Concordia, hoy vigente, que fue elaborada con un amplio consenso y refrendada muy mayoritariamente por el pueblo español por primera vez en

su historia. Los Pactos de la Moncloa fueron su tercer gran logro. Contribuyeron a enderezar la situación económica y, sobre todo, permitieron desvincular el proceso constituyente de la vida política cotidiana y de la normal confrontación democrática entre partidos. Todas las leyes de su etapa de gobierno contribuyeron a la modernización de la sociedad española.

La España realmente moderna empezó pues con y por la acción de Suárez. Su obra de gobierno no siempre fue bien comprendida por muchos de sus electores. Es el sino del hombre de Estado. Integrar a todos –que siempre fue su propósito– implica ceder y conceder. Y esto es con frecuencia difícil de aceptar. Hoy, con perspectiva, podemos hablar de obra de gobierno excepcional.

Y concluyo con alguno de sus rasgos personales: era simpático y cordial, respetuoso siempre con el adversario, gran conversador y muy intuitivo. Tenía un notable olfato o instinto político para adoptar decisiones rápidas cuando eran necesarias pero, normalmente y en contra de lo que muchos creen, estudiaba y preparaba concienzudamente, analizando alternativas, sus decisiones más importantes o de mayor repercusión y calado.

Pasará a la Historia de España como uno de nuestros grandes gobernantes con Cánovas, Sagasta, Maura o Azaña, todos ellos hombres de Estado, con errores pero también grandes aciertos y sobre todo visión de país. Ninguno sin embargo logró tanto como Adolfo Suárez. Le debemos gratitud. Descanse en paz.